

OPINIÓN

SILLÓN DE OREJAS

El triunfo de los “tabernarios”

Por Manuel Rodríguez Rivero

1. Derechazo

La aplastante victoria de la derecha en Madrid (al día siguiente, sus tabloides y *digitaloides* exultaban de gozo y revancha); la histórica derrota de la izquierda clásica; la fuga anunciada del adalid Iglesias con el rabo jacobino y autoritario entre las piernas; la alegría de los “tabernarios” que celebran la “excepcionalidad” pandémica de una ciudad abierta y convertida en el bar de copas y tapas de Europa; la (relativa) sorpresa de Más Madrid, como

triumfante alternativa a un socialismo demasiado satisfecho e institucionalizado, ante el que reivindica el componente populista en el sentido que quería Laclau (como alternativa no institucional a las demandas de los excluidos); todo ello y más podía leerse oblicuamente en los apabullantes resultados del 4 de mayo. Parafraseando a los endemoniados del Evangelio (Marcos, 5; 1-20), Díaz Ayuso, paladina de la nueva derecha cada vez más a la derecha, podría haber dicho en la noche de su victoria: “Mi nombre es Legión, porque somos muchos”; solo que en esta ocasión los que agitaban banderas ante la sede de la calle de Génova no tenían pinta de ir a despeñarse por el precipicio convertidos en cerdos, al menos en los próximos dos años. En cuanto a los perdedores, bienaventurados los que lloran (Gablondo) y los que desaparecen (Bal), sobre todo si la pena y la ausencia forzada dan paso a reflexiones audaces sobre las causas de los sofiones. Y en cuanto a Vox, el partido postfascista con más poder



Portada de *Hermano Lobo* del 29 de agosto de 1972. CORTESÍA DE HERMANO LOBO DIGITAL

político de Europa, lo más preocupante es que, a tenor de sus resultados, a sus militantes no les ha parecido suficiente el giro a la derecha del PP, bajo cuyo paraguas se refugiaban antes los ultras españoles. Total que, a tenor de los resultados, el centro no puede mantenerse (como decía Yeats en *El segundo advenimiento*) y la seducción del autoritarismo (substituto del muy sugerente y discutible ensayo *El ocaso de la democracia*, de Anne Applebaum, Debate) está permeabilizando, aquí como en

todas partes, y desde la derecha a la izquierda, la práctica política contemporánea.

2. Japónica

En 1964, tras un viaje a Japón acompañando al guitarrista Narciso Yepes, José María Gironella (que 10 años antes había convertido *Los cipreses crecen en Dios* en el primer *best seller* millonario de posguerra) publicó *El Japón y su duende*

EN POCAS PALABRAS

José Sacristán

“El público ha cambiado con la pandemia. Tose menos con mascarilla”

La historia del cine y el teatro españoles del último medio siglo no puede repasar sin mencionar infinidad de veces al actor José Sacristán (Chinchón, 1937). Desde hace tres años sigue llenando teatros con el monólogo *Señora de rojo sobre fondo gris*, adaptación de la novela de Miguel Delibes, que puede verse ahora en el Bellas Artes de Madrid hasta el 27 de junio.

Le llevó tiempo convencer a Delibes para llevar a escena *Señora de rojo sobre fondo gris*. ¿Qué le gustó tanto de la novela? Me cautivó porque por encima del dolor permanece en ella la memoria del amor. Es una forma de vencer a la muerte.

¿Qué frase de su personaje le emociona más? “Era una mujer que con su sola presencia aligeraba la pesadumbre de vivir”.

Estrenó la obra antes de la pandemia. ¿Ha cambiado su perspectiva de la muerte? Mi idea de la vida y de la muerte ya no va a cambiar a estas alturas. Pero sí ha cambiado el público. Con mascarilla tose menos.

¿Qué libro tiene en su mesilla de noche? *El huerto de Emerson*, de Luis Landero. Y siempre algo de Machado cerca.

¿Alguno que no pudiera terminar? Muchos. Pero debe de ser mi problema, no de los libros. Por poner un ejemplo, aunque sea tópicio, el *Ulises* de Joyce.

¿Qué libro recomendaría a los políticos españoles que leyeran? Solo que leyeran.

¿Y una película? *Todos los hombres del rey*. Sobre el ascenso de un político que pierde los escrúpulos.

¿Qué espectáculo le impactó últimamente? *Incentivos*, de Wajdi Mouawad. Dirigido por Mario Gas.

¿Cuál es la película que más veces ha visto? *Cantando bajo la lluvia*.

¿Qué canción o tema musical elegiría como autorretrato? Una copia. Soy tonadillero.

¿A quién le daría el Premio Nacional de Teatro? Puesto a dárselo a alguien, me lo daría a mí.



CARLOS ALVAREZ (GETTY IMAGES)

TRIBUNA LIBRE / MANUEL VILAS

Una pasión americana

Cualquier lector interesado en saber cómo nace y de qué está hecho un escritor por dentro tiene que leer el opúsculo del novelista estadounidense Thomas Wolfe (1900-1938) titulado *Historia de una novela*, que se publica estos días en España, con una traducción excepcional de Juan Cárdenas, en la editorial Periférica. Tras leer este breve libro de Thomas Wolfe asoma esta pregunta: ¿De dónde viene tanto entusiasmo, tanta pasión? Viene del alma de Wolfe, claro, pero sobre todo viene de Estados Unidos. Viene de un país que tiene más de nueve millones de kilómetros cuadrados, más de 19.000 kilómetros de costa y más de 300 millones de almas.

Historia de una novela es un maravilloso libro autobiográfico en donde Wolfe se enfrenta a las dudas que embargan a todo novelista. La originalidad de Wolfe consiste en transformar esas dudas en una hipnótica mezcla de literatura y desesperación. ¿Cuántas horas tiene que escribir al día? ¿Debe viajar? ¿Tiene que vivir en París? ¿Se puede ser escritor sin haber vivido en París, o en Londres, o en Berlín? ¿Y qué se hace con la soledad inmensa que se apodera de un escritor que está viviendo en París en la década de los años treinta del siglo pasado a la búsqueda de la literatura como si esta fuese una realidad material y corpórea? ¿Hay felicidad en la creación? ¿Qué es el éxito? Wolfe vivió con sufrimiento la mala acogida que tuvo su primera novela en su pueblo. Triunfó en lectores y crítica, pero desencadenó el odio, o el malentendido, en los vecinos de la ciudad de Asheville, en Carolina del Norte.

El caso de Thomas Wolfe sirve de ejemplo en los talleres de literatura para ilustrar la relación compleja de un escritor con su editor. El editor de Wolfe fue Max Perkins, y sin él la primera novela de Wolfe, titulada *El ángel que nos mira* (1929), probablemente no habría alcanzado el éxito. Perkins intervino activamente en la corrección y eliminación de páginas de las dos grandes novelas de Wolfe. El realizador Michael Grandage llevó a la gran pantalla la relación apasionada entre escritor y editor en la película *El editor de libros* (2016). Viene a cuento recordar algún otro caso memorable de *matrimonio* artístico como el de Charles Bukowski y su editor John Martin. Hablamos de editores que supieron ver talento en simples manuscritos. El primer editor de ese calibre en el siglo XX fue, en cierto modo, Max Brod, el amigo de Franz Kafka, quien se percató de que en el legajo póstumo de un tuberculoso anónimo se hallaba la obra literaria más enigmática y valiosa del siglo XX. Curiosamente, también Wolfe murió de tuberculosis. La

figura del editor literario casi se ha extinguido en la actualidad, y es una pena, porque vivimos con demasiada superstición el concepto de la autoría. Hoy en día suelen ser los llamados editores de mesa de los grandes grupos de la industria del libro quienes sugieren cambios o correcciones a los escritores.

Hay escritores que no se dejan tocar ni una coma. Nunca lo he entendido, porque en realidad un manuscrito es siempre perfeccionable. Y lo humano es que los escritores duden de lo que han escrito. Un escritor que no duda es un escritor muerto. Uno de los mayores actos de generosidad que he visto en mi vida literaria sucede cuando un editor se mete en la piel del escritor y desde allí le sugiere cambios que mejoran la novela. No valen consejos genéricos. No vale decir “aligerar un poco los diálogos” o “tal personaje no acaba de despegar”. No, lo que Perkins hizo con Wolfe es un acto casi de espiritismo. Es meterse en la piel del escritor, renunciando a su propia identidad, y desde allí, desde ese lugar tan complicado, ser otro, ayudar a mejorar, es decir, ayudar a amputar. Saber lo que sobra, ese es el don y el misterio.

Son magistrales las páginas de *Historia de una novela* dedicadas al dolor del escritor ante la necesidad de eliminar partes de *Del tiempo y el río* (1935) por imperativo estético del editor. El proyecto literario de Wolfe era continental: quería representar en sus novelas la vida americana. Lo quería todo: las ciudades, las calles, las casas, los ladrillos, las carreteras, las farolas, la gente, los vivos y los muertos. Vivió una sed literaria destructiva. Era un visionario, y sufría porque estaba enamorado de la belleza del mundo. Wolfe era incontinente. Quería escribir una novela que fuese igual a Estados Unidos. La única manera de alcanzar la paz interior era que la literatura tuviera las mismas páginas que la vida. Pero eso era im-

posible. Su amigo y editor se lo dijo y él aceptó la supresión de miles de palabras. Wolfe era además un precursor: media las novelas por el número de palabras, como hacemos ahora con nuestros ordenadores. Tanto Perkins como Wolfe fueron dos grandes románticos. Vivieron la literatura como un estado de excitación perpetuo. Y eso se ve muy bien en *Historia de una novela*, una de las confesiones del oficio de escritor más deslumbrantes y frenéticas que he leído en mi vida.

‘Historia de una novela’. Thomas Wolfe. Traducción de Juan Cárdenas. Periférica, 2021. 104 páginas. 9 euros.

“**En la magistral *Historia de una novela*, Thomas Wolfe se enfrenta a las dudas que embargan a todo novelista**